

Niklas Luhmann (1927-1998).
In memoriam

El día seis de noviembre nos sorprendió la noticia de la muerte del eminente y polémico teórico de la sociología actual, Niklas Luhmann. El triste acontecimiento pasó casi desapercibido en los medios de comunicación. Es verdad que Niklas Luhmann no ha gozado de buena acogida entre nosotros. El escaso reconocimiento, si cabe, ha estado reservado a los juristas, pero más por las críticas que ha recibido que por la aceptación de su teoría de los sistemas. Su pensamiento ha quedado reducido a pequeños círculos.

El debate con Jünger Habermas en 1971 produjo, es cierto, una interesante literatura. Habermas es, como se sabe, el defensor de la tradición heredada de la Ilustración. Luhmann, por el contrario, critica los compromisos de esa tradición. «*Se rebela contra la Ilustración*». Su propósito es desarrollar una ilustración de la Ilustración. Luhmann no fue, pues, un enamorado del consenso al estilo habermasiano, sino que sus simpatías estuvieron por el lado contrario, el disenso. Tal es así que esta proposición ha escandalizado a «tiros y troyanos», porque Luhmann ha defendido que fenómenos tales como la desestabilización o el conflicto son requisitos necesarios para que los sistemas complejos reaccionen frente a sí mismos y frente al medio ambiente.

Por otra parte, las obras de Luhmann, aunque se han publicado regularmente en España, han llegado traducidas tardíamente a noso-

tros, a principios de los años 90. Si bien Editora Nacional publicó en 1983 *Fin y racionalidad en los sistemas*, la obra pasó casi desapercibida. Lo mismo hay que decir de la obra editada en 1985 por Península *Amor como pasión*. Anthropos le dedicó hace dos años el número de su revista 173-174 (1997). Alianza Editorial y Universidad Iberoamericana tradujeron y publicaron en 1991, *Sistemas sociales*, siete años después que Luhmann lo publicara en Alemania quizá la obra más importante del eminente pensador. Obra que en 1998 ha reaparecido en su segunda edición por Anthropos, Universidad Iberoamericana y CEJA. Ya antes, Anthropos había publicado dos obras de Luhmann, *La Ciencia de la Sociedad*, e *Introducción a la teoría de los Sistemas*. En 1993 Alianza Editorial publica *Teoría política en el Estado de Bienestar* con una Introducción inteligente de Fernando Vallespín. Por último, Paidós en 1996 publica de él *Teoría de la sociedad y pedagogía*. La escasez de estudios sobre él, amén de la complejidad y la dificultad de su pensamiento, pudieran ser las causas de la escasa recepción de las obras y del pensamiento de Luhmann. Ignacio Izusquiza, estudioso de la obra y de su pensamiento en el libro sobre Luhmann, *La sociedad sin hombres* dice: «habitualmente se considera a Luhmann como un autor extremadamente difícil y complejo. Dificultad derivada de su propia teoría, cuya tensión le obliga a sentar planos de análisis de gran complejidad y a mezclar perspectivas y disciplinas tradicionalmente separadas». Algo parecido apunta Alejandro Navas en *Teoría sociológica de Niklas Luhmann*, un estudio profundo sobre su pensamiento: «el elevado grado de abstracción y la más que considerable complejidad de su teoría». Lo que pone en evidencia, primero, lo paradójico de la obra de Luhmann: no se la estudia por el carácter complejo y excesivamente teórico de su pensamiento y, segundo, porque su estudio exige un esfuerzo especial y, en consecuencia, un inmediato rechazo.

Luhmann ha sido preferentemente un sociólogo, también un filósofo y un jurista. Las tres cosas juntas le han convertido en una de las figuras más relevantes y también más polémicas del pensamiento social europeo. En las tres facetas ha descollado como un crítico despiadado con cualesquiera de las formas de humanismo y de moralización con las que la sociedad contemporánea actúa generalmente.

Un iconoclasta o, mejor, un aniquilador de los conceptos tradicionales que la misma sociología tradicional ha estado usando, como son los conceptos de derecho, de poder, de economía, de religión, de educación, etc. Tales conceptos los ha considerado antiguallas que no describen ni por asomo lo que es la sociedad contemporánea. Un inconformista igualmente de los conceptos que la filosofía tradicional sigue usando, comenzando por el rechazo de todo fundamento ontológico estático —*«ni los conceptos ni el mundo pueden ser tratados como datos fijos»*—, continuando por los conceptos de deducción y de la causalidad, de naturaleza, de sustancia, de teleología. Todos ellos para Luhmann pierden su rango de conceptos fundamentales. «La metafísica clásica de corte realista era plausible para una sociedad que se veía confrontada a una naturaleza que no podía dominar ni producir, sin embargo, con la transición de una sociedad a la sociedad moderna, es decir, con el paso de la diferenciación estratificada a una sociedad funcional, la sociedad tiene que habérsela de un modo creciente con una realidad producida por ella misma», dice Alejandro Navas. Por el contrario, el valor que ha concedido a la función, al sistema, a la relación, a la reivindicación de la diferencia, al concepto de complejidad y de autorreferencia, al fenómeno de autopoiesis, tomado de la biología, a la concepción de que los seres humanos no son parte de la sociedad sino sistemas independientes de la sociedad o, si se quiere, entorno de los subsistemas sociales —puede comunicarse con todos, pero no pertenece a ninguno— y, por último, a la afirmación de que la sociedad no se componen de acciones, sino de comunicación, todos ellos han sido presupuestos que conllevan de por sí, aunque estemos curados de espanto, confusión, escándalo y polémica. Esto es lo que llama Ignacio Izuzquiza el «escándalo de la teoría de Luhmann». Y Alejandro Navas rubrica: «El nuevo mundo en el que nos invita a entrar Luhmann está edificado sobre las ruinas de los santuarios de la tradición. En ese mundo ya no hay esencias fijas e inmutables. Todo es variable, provisional, contingente, susceptible de ser sustituido por un equivalente mejor».

Niklas Luhmann nació en Lüneburg en la Baja Sajonia en 1927. Estudió leyes, licenciándose en 1953. Trabajó en la administración

pública, más concretamente en el Ministerio de Educación de la Baja Sajonia. Compaginó su trabajo de funcionario con la lectura intensa de sociología y filosofía. En el año 1960 se trasladó a Harvard, allí conoció y trató a Talcott Parsons. Dice él mismo *«En Harvard aprendí a familiarizarme con la arquitectura de la teoría parsoniana, de la que aprendí mucho»*. De ahí el nombre de «Parsons alemán» como se le ha llamado, aunque las diferencias con él fueron grandes. Desde 1968 fue profesor de la Universidad de Bielefeld, compaginando la enseñanza en la universidad de Dortmund y Münster. Este fue su periodo más productivo, según reconoce él mismo, período fructífero en el que escribió numerosos libros y más medio millar de artículos, mediante los cuales intentó abordar la complejidad de la sociedad. Para ello ideó una teoría sociológica general, teoría sofisticada y abstracta, teoría de los sistemas, con la cual intentó recuperar el viejo sueño de dar una respuesta global a los problemas del hombre contemporáneo.

Luhmann fue muy consciente de que el método tradicional de estudio empírico de la sociedad está periclitado. *«La sociología se encuentra en una crisis teórica», «no está en condiciones de explicar adecuadamente la realidad social»* escribe en la primera página de *Sistemas sociales*. Si nuestra sociedad es una sociedad *«funcionalmente diferenciada. —La sociedad contemporánea puede ser descrita como un sistema social que está estructurado sobre la base de una diferenciación funcional—. En un ordenamiento funcional de este tipo se dan diversos sistemas parciales con un alto grado de autonomía que se reproducen autopeyéticamente, es decir, por y desde sí mismos»*. Si nuestra sociedad comporta muchas diferencias cualitativas con las sociedades históricas anteriores, es porque hay en ella una gran complejidad de funciones, *«la sociedad es el sistema social omnicompreensivo que ordena todas las comunicaciones posibles entre los hombres»*. La sociedad moderna, a diferencia de la sociedad antigua, es el producto de su autoobservación, observando se observa a sí misma. Algo es lo que es en tanto es objeto de observación para un observador determinado. *«La observación entra en la constitución de la realidad»*. Si lo que existe, existe porque es objeto de la observación, no habrá una única realidad, sino una pluralidad de realidades que están dependiendo de cada observador, que realiza sus

observaciones aplicando un esquema de diferencias y describe el resultado de ellas según ese esquema. «*Si observa en el mundo sistemas que se reproducen a sí mismos, está obligado a considerarse a sí mismo como uno de ellos, pues de otro modo no podría observar su propia observación... Es esta la única manera de que la teoría de sistemas se universalice, es decir, se convierta en una teoría del mundo que lo incluya todo, aún a sí misma, obligada a concebir todo lo que observa como sistema o como entorno*». De ahí que pretenda sentar las bases para la observación que le permita la descripción de la sociedad. De ahí, igualmente, que construya una teoría universal capaz de suplir la ausencia de teoría e integrar la pluralidad de tendencias y enfoques que se dan en la actualidad, y lo va a hacer desde la crítica más dura a todos los sociólogos tradicionales. «*Yo intento formular una teoría aplicable a la totalidad de la sociología. Habermas no se ha propuesto algo así, si atendemos a sus propias declaraciones y no sé de nadie, después de Parsons, que pretenda algo similar*». Su propuesta, por tanto, es elaborar una teoría lo más completa posible de la sociedad actual occidental sobre la base del diálogo interdisciplinar entre la cibernética, la biología, la neurociencia, el constructivismo; lo que le supondrá, por una parte, la elaboración de una compleja articulación de instrumentos conceptuales y, por otra, el principio de diferenciación social funcional en el que los diferentes ámbitos de la sociedad, economía, ciencia, ética, educación, política, religión, familia, derecho... Cada uno de ellos tiene una función relevante en el funcionamiento de la sociedad, pero ninguno de ellos puede arrogarse una primacía con respecto a los otros. Esto es lo que se llama subsistemas. El derecho es independiente de la economía, de la familia, de la educación, de la política, de la ciencia. Cada sistema social se encuentra encerrado en sí mismo. Cada uno es autopoiético y autorreferente —posee su código, su programa, su medio de comunicación—. No hay un centro en la sociedad. La unidad de la sociedad es una unidad de diferencias.

En la diferenciación funcional, como decimos, no existen posiciones privilegiadas, solo existe un conjunto operativo con un código funcional específico binario *verdadero/falso, positivo/negativo, bueno/malo, hombre/mujer, legal/ilegal, trascendencia/intrascendencia* y progra-

mas concretos según dicho código. *«La sustitución de un valor supremo monótono, inmutable, por un código binario y la adscripción a él de programas en calidad de normas de decisión generan la diferenciación de un particular sistema funcional en la sociedad»*. Ya no hay sujetos sino sistemas autorregulados. Desde esta perspectiva, como apunta Fernando Vallespín, «toda vivencia, toda observación o acción social está necesariamente mediada por sistemas sociales. Lo que cuenta no es el hombre que piensa como individuo capaz de captar la globalidad, sino de contextos en los que tiene lugar el observar y el actuar». *Una sociedad sin hombres*, como titula el libro monográfico sobre Niklas Luhmann, de Ignacio Izusquiza. El elemento último que se produce y reproduce en los sistemas sociales no son las personas, ni roles, ni acciones, sino *comunicaciones*. En último término, esta sociedad sin hombres sería, pues, una sociedad de comunicaciones en la que cada sistema diseña sus propios medios de comunicación y observación y, en último término, su propia creación del *sentido*. *«Los hombres no son nunca parte de la sociedad. Pertenecen al entorno de la sociedad»*. Por eso Habermas en la discusión con Luhmann quiere recuperar la realidad del individuo como alguien en la sociedad. Es el lenguaje el medio de comunicación que une al individuo con la sociedad

JUSTINO LÓPEZ SANTAMARÍA
Instituto Superior de Filosofía.
Valladolid